



HAL
open science

Historia y Ciencias Sociales. Reflexiones sobre la Historia de América Latina y la Historia del Mundo Contemporáneo

Marcela García Sebastiani

► **To cite this version:**

Marcela García Sebastiani. Historia y Ciencias Sociales. Reflexiones sobre la Historia de América Latina y la Historia del Mundo Contemporáneo. Anuario Americanista Europeo, 2012, 10, pp.21-38 (Sección Varia). halshs-00825078

HAL Id: halshs-00825078

<https://shs.hal.science/halshs-00825078>

Submitted on 22 May 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Historia y Ciencias Sociales. Reflexiones sobre la Historia de América Latina y la Historia del Mundo Contemporáneo

Marcela García Sebastiani *

Resumen: El artículo analiza los retos asociados al lugar asignado a la Historia de América Latina en los cursos formativos de Historia del Mundo Contemporáneo para los estudiantes de Ciencias Sociales en la Universidad española, casi adaptada al EEES. Se sostiene que incluir la región en Historias más abarcadoras es un envite metodológico para un contexto globalizado. A la vista de los aportes y resultados historiográficos para universalizar el conocimiento de la Historia, se sugiere establecer convergencias entre la Historia Contemporánea de América Latina y la del resto del mundo –especialmente con Europa y los Estados Unidos– a partir de temas y conceptos, pero sin abandonar la identidad de una disciplina con un logrado empuje en la enseñanza superior.

Abstract: History and Social Sciences. Reflections about Latin American History and Contemporary World History.

The article examines the challenges associated with the place assigned to Latin America History in the formative years of Contemporary World History for Social Science students at the Spanish University, almost adapted to the EESE. It is argued that the inclusion of the region into a more comprehensive history is a methodological darling for a globalized context. In view of the contributions and historiographical results to universalize knowledge of History, it is suggested that convergence between the Latin American Contemporary History and rest of world –specially with Europe and Unites States– from themes and concepts, but without abandoning the identity of a discipline with a successful push in the Spanish University.

Palabras clave: Historia de América Latina, Historia del Mundo Contemporáneo, Historia transnacional, Historia y Universidad, Historia y Ciencias Sociales.

Keywords: Latin America History, Contemporary World History, Transnational History, History and University, History and Social Sciences.

La adaptación de Universidad española al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) y la organización de los Grados implicó cambios importantes para la formación académica de los estudiantes especializados en Ciencias Sociales y/o Humanidades. En muchos casos, florecieron nuevas asignaturas en detrimento de otras que gozaban de identidad en las antiguas Licenciaturas. En otros, las antiguas asignaturas se reordenaron en otros niveles de la enseñanza superior (como másteres y doctorados). Y, por fin, contenidos temáticos de asignaturas con tradición pero en extinción ante la realidad del espacio europeo, las apuestas académicas por lo transversal, y las demandas de la sociedad, se reordenaron en

* Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, Universidad Complutense de Madrid, mgarciaseba@cps.ucm.es.

otras troncales más abarcadoras de geografías y conceptos. Estas situaciones afectaron, por ejemplo, a la Historia Contemporánea de España o de América Latina (o de Iberoamérica) en algunos Grados de Ciencias Sociales en más de una Universidad española. Disciplinas tan básicas en conocimientos quedaron relegadas a un segundo plano para un gran número de futuros graduados en Ciencias Políticas, Relaciones Internacionales, Sociología, Antropología Social y Cultural, Economía o Derecho. Todos esos cambios invitan a una reflexión que no es ajena, por otra parte, a cómo el final de la Guerra Fría y el desarrollo de un mundo globalizado afectaron al conocimiento delimitado por áreas geográficas de estudio, con predominio en el siglo XX (Álvarez, Arias y Hale 2011). En realidad, la cuestión no es exclusiva de los programas universitarios en Ciencias Sociales y Humanidades en España y trasciende a América Latina como territorio objeto de atención (y área de estudios). Y refiere, sobre todo, a la emergencia de nuevos marcos conceptuales y modas historiográficas, como la Historia transnacional o la Historia global, que aportan creatividad o nuevas miradas al trabajo de los historiadores y científicos sociales. Estas páginas despliegan algunas consideraciones generales sobre el lugar asignado a la Historia de América Latina en nuevos programas de Historia (política, social o económica) del Mundo Contemporáneo tras repasar las interpretaciones sobre la universalidad en las enseñanzas de Historia para las Ciencias Sociales y los desafíos que implica la globalización en los abordajes al pasado.

LA UNIVERSALIDAD DE UNA HISTORIA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

La inclusión de la Historia de América Latina (o Iberoamérica) en contextos más amplios de estudios implica una perspectiva universalista para pensar los procesos históricos contemporáneos. Ahora bien, esto no es nuevo y, además, existen varias maneras de abordarlos. En el siglo XIX prevaleció el criterio de que unas culturas eran superiores y más civilizadas que otras consideradas como primitivas. El euro centrismo encontró en las teorías evolucionistas una manera de justificarse y ponderar la Historia de un estrecho marco geográfico del planeta como la Historia mundial en el ámbito académico. Desde entonces, la Historia europea (o de diversos escenarios europeos) quedó elevada al nivel de la Historia universal. También, se universalizaron los razonamientos de los historiadores europeos al tiempo que el euro centrismo ayudó a construir las historias nacionales del continente. Mientras tanto, la Historia no europea pasó al dominio de otras disciplinas menores como el folklore, la arqueología, y los estudios de Oriente o de América.

Las cosas comenzaron a cambiar en los inicios del siglo XX. Los historiadores profesionales atendieron a nuevos modos de abordar una Historia universal. En otras partes del planeta habían ocurrido acontecimientos que invitaban a reflexionar sobre el desarrollo general en el mundo. Así, una Historia universal se volvió relevante para las políticas de prestigio y poder de Estados nacionales consolidados. Además, los imperios coloniales necesitaron saber acerca de la gente de los territorios bajo su control, y los nuevos descubrimientos arqueológicos y etnológicos ofrecieron conocimientos sobre las sociedades no occidentales que fueron útiles para la narración de historias más abarcadoras de geografías. Sin embargo, a las ideas sobre cómo concebir una Historia universal se superponían entonces otras

limitaciones. Por un lado, la creencia de unos cuantos historiadores que entendían a aquélla como la extensión de la cultura occidental cristiana. Por otro, las historias nacionales construidas para justificar las grandezas de individuos y de políticas imperialistas. A pesar de los intentos de crear espacios y modos de pensar en términos de una Historia universal, lo que predominó en las narraciones fue el peso de la centralidad otorgada al Estado y las políticas exteriores. Así, una Historia universal para los estudiantes universitarios podía quedar reducida a una Historia política de las potencias europeas, con énfasis por tanto en la superioridad de la historia y de la cultura de esa zona del mundo. El mayor esfuerzo en escribir una Historia universal en ese sentido fue el emprendido por el historiador británico lord Acton (1902-1912).

Por fin, desde mediados del siglo XX, la escuela francesa de *Annales* puso importantes pilares a una Historia mundial abarcadora de diferentes geografías y comparaciones. Lo hizo, en parte, dejando a un lado la excepcionalidad que privilegiaba a occidente sobre el resto de la humanidad. Pero, también, ponderando el reconocimiento de la interdependencia global. En este aspecto, sobresale el trabajo de Fernand Braudel sobre el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. Él supo aprehender una Historia global, poniendo a prueba varias ideas clave: la geohistoria, la larga duración, la Historia de la civilización y de la globalización por el capitalismo europeo (Burke 1994).

También, los marxistas contribuyeron a la narración y el diseño de asignaturas de Historia universal para entender nuestra contemporaneidad. De ellos aprendimos, por ejemplo, cómo distintas sociedades se relacionaban entre sí en tiempos y espacios. Los trabajos de Immanuel Wallerstein (1971 y 1977 [1984 y 1989]), Eric Hobsbawm (1977 [1968] y 1991 [1962]) y Eric Wolf (1994 [1982]) colocaron los datos y hechos históricos para explicar el surgimiento del capitalismo y su impacto en el mundo entero. También, lo hicieron las interpretaciones de André Gunder Frank (1979 [1978] y Samir Amin (1975), aunque detrás de esos modelos de explicación aflorase la “teoría de la dependencia” entre centro y periferia. La eclosión de los análisis “neomarxistas” de los años 60 y 70 del siglo XX nos ayudaron a entender al planeta como un todo, como un sistema más que una suma de sociedades y en el que todos los colectivos humanos se desarrollaron de una u otra manera, por muy lejanos que parezcan para geografías y culturas.

Fuera de la tradición marxista, los estudios renovados sobre el desarrollo de las civilizaciones ofrecieron un prisma para abordar una Historia universal. En ese sentido, sobresalieron los análisis del profesor de la Universidad de Chicago, William McNeill (1963). El concepto de difusión cultural, tomado de la Antropología, es el hilo conductor de su Historia de la humanidad desde el siglo XVI. A pesar de la descripción de las diferentes civilizaciones y de las relaciones entre ellas, su Historia del mundo concibió a occidente como el principal beneficiario de un contexto articulado, moderno y cambiante a lo largo del tiempo. McNeill, como antes lo habían hecho Oswald Spengler (1925-27 [1918-1922]) y Arnold Toynbee (1951-64 [1933-1961]), apreció las diferencias culturales y las contribuciones a la Historia de las personas no occidentales, y colocó a éstas en un nivel de análisis con respecto a Europa. También, fuera de la tradición marxista, la teoría de la modernización, inspirada en la Sociología de Max Weber y Talcott Parsons, tuvo gran impacto a la

hora de pensar o escribir una Historia mundial (como ejemplo, Giddens 1985 [1971]).

Con todo, desde hace poco más de medio siglo han cambiado bastante las narraciones para enseñar la Historia mundial debido, en parte, a que las Universidades anglosajonas incorporaron a la estructura curricular de algunas carreras cursos de Historia Universal para interpretar las sociedades contemporáneas. En la misma dirección se encarrilaron las Universidades del continente europeo y de los países latinoamericanos con índices más desarrollados de educación superior. El desafío de los historiadores dedicados a esos cursos estaba en la selección de los contenidos imprescindibles de una Historia Universal para formar estudiantes universitarios en las especialidades de Humanidades o de Ciencias Sociales. En ese marco se reeditó, y en parte se amplió, la obra dirigida por lord Acton (1957-1979). El programa pondría a prueba, tanto en la práctica como en la teoría, cuestiones tan controvertidas como la periodización, el balance de los enfoques euro céntricos, occidentales, y de una Historia global con encaje de las distintas historias nacionales.

La reflexión sobre qué contenidos y cómo enseñar una Historia Universal en las Universidades vinieron de diferentes frentes: la filosofía de la Historia, la metodología y técnicas de la disciplina, y la Historia comparativa (Chesneaux 1981, 105-119). Las voces favorables a la utilidad de esta última estimuló la institucionalización, la difusión científica y, finalmente, la descripción razonada de un nuevo saber histórico: la historiografía. Al tiempo que historiadores influidos por las Ciencias Sociales -como Fritsch Redlich-, defendían la comparación como método explicativo de síntesis hechas a partir de sólidos trabajos monográficos, nació en 1958 la revista *Comparative Studies in Society and History* de la Universidad de Chicago. A pesar de la consolidación institucional y de las buenas intenciones de hacer de la comparación el método para abordar la Historia Universal, los resultados no siempre fueron satisfactorios. Por su propia naturaleza, como señaló John Elliott (1991 y 1999 [1993]), el enfoque comparativo implica dos cosas. En primer lugar, una tensión entre lo general y lo particular, más fácil de resolver en la Historia económica y social que en la Historia política. En segundo lugar, el desciframiento de semejanzas y, sobre todo, de las diferencias entre los contextos. Ambas cosas rompen con las barreras de la especialización y coloca a los historiadores ante el desafío de lo comparable y lo generalizable a partir de su objeto de estudio; cuestión difícil de zanjar.

En la década del ochenta del siglo XX, las energías puestas en el mundo anglosajón para consolidar institucionalmente a profesionales de una Historia Universal se consumaron con la fundación de la *World History Association* y el lanzamiento del *World History Bulletin*, donde aparecieron varios trabajos sobre un nuevo campo en la disciplina aún sin conceptualizar. En los noventa, ya rotas las visiones de un mundo geopolíticamente dividido, a esa empresa inicial se unió el *Journal of World History*, de donde salieron estudios que más tarde formaron parte de proyectos editoriales más amplios como los de Jerry Bentley (1996) y las ediciones de Philip Pomper, Richard Elphick y Richard Van (1998) y de Ross Dunn (2000). Desde entonces, se han desplegado análisis en torno a las metodologías empleadas y los progresos historiográficos en un campo de la disciplina que se

afirmaba al calor de la globalización (Fuchs y Stuchtey 2002). Todos estos emprendimientos pensados para enseñar una Historia Universal que ayudase a interpretar mejor el presente han hecho aflorar todo un abanico de reflexiones sobre los enfoques euro centristas para las actuales sociedades cada vez más complejas, globales y multiculturales. La constatación de que las sociedades de hoy en día se componen de individuos culturalmente diferentes ha hecho sonar las voces de alarma entre los profesionales sobre qué contenidos enseñar en una Historia del Mundo Contemporáneo a los estudiantes universitarios de Humanidades y Ciencias Sociales. A pesar de las inquietudes, lo que ha tendido a predominar en los programas han sido versiones de una Historia mundial concebida desde una perspectiva euro-americana.

En realidad, no es fácil ponerse de acuerdo sobre los contenidos de una Historia del Mundo que ayude a interpretar al mismo tiempo la contemporaneidad de las culturas occidentales y no occidentales; o de realidades extra europeas como por ejemplo China o Japón, cuyas historias dependen mucho de las formas de situarlas en la historia. Las dificultades para conciliar posturas se deben en parte a la existencia de diferentes concepciones sobre el mundo y las relaciones entre el "centro" y la "periferia" de las distintas áreas geográficas del planeta según se ponga el foco en España, Alemania, Francia, los Estados Unidos, el Reino Unido, Rusia, África, India, China, Japón o los países latinoamericanos. En las dudas para el acuerdo también influyen otras cosas como el momento en que se hacen las interpretaciones sobre el mundo, la propia cultura de quien las haga, y la utilización de nociones del mundo para legitimar apoyos políticos. Quienes cuestionan los enfoques euro centristas sugieren que no hay que ofrecer a los futuros profesionales una Historia del Mundo Contemporáneo concebida como una visión triunfalista de la civilización occidental y del progreso en general. Tampoco, como una historia del desarrollo de Europa a raíz de una expansión imperialista y de una dominación económica que encaja(ba) bien para explicar los actuales tiempos y escenarios de globalización (Stuchtey and Fuchs 2003, 1-43).

Los enfoques complementarios o alternativos al euro centrismo en la enseñanza de una Historia del mundo, que contribuyan a su vez a esclarecer el presente de las sociedades que ha configurado, dependen de una serie de cuestiones que considero centrales. Primero, el criterio con el que se pondera que en una Historia del Mundo Contemporáneo unos problemas son más relevantes que otros. Segundo, los recursos humanos e institucionales con que se cuenta para cotejar conceptos de las Ciencias Sociales y temas históricos. Tercero, si se concibe o no a la historia comparada como método de abordaje para la disciplina. Cuarto, qué tiempo y qué espacio son los referentes como unidades de explicación de una Historia universal. Quinto, el sustrato cultural de las narraciones de una Historia Contemporánea abarcadora que incluya e interese al interlocutor (lo que implica la aceptación de un método y de las diferencias en el contexto global). Y sexto, el lugar de una Historia universal en historiografías muy consolidadas en torno a temas de las historias nacionales. De todas formas, a la hora de valorar los aportes de las historiografías nacionales para las narrativas de una Historia del Mundo Contemporáneo sería apropiado tener en cuenta el grado de aceptación, dependencia y oposición a los enfoques euro centristas. Sospecho que, por ejemplo, la dependencia debe ser

especialmente significativa en el caso de África, con una historia por escribir y enseñar pero sobre todo con una historia oficial dominada por historiadores africanistas educados en las universidades occidentales. Puede que la dependencia sea menor en el caso de la India, desde que la independencia ponderó la construcción de una historia nacional. Y mucho menos en China desde que a mediados del siglo XX el poder comunista restringió espacios a las ideas y métodos occidentales, abiertos paulatinamente con el cambio de siglo. En América Latina, la influencia europea y las formas de emancipación se interpretaron de forma muy diferente conforme los Estados nacionales encontraron su propio camino hacia la modernidad. Con menos sospechas y más razones, en cambio, las historias construidas por los historiadores latinoamericanos se agregan a un contexto cultural más amplio sobre el que se harán referencias más abajo.

LA HISTORIA TRANSNACIONAL, LA HISTORIA GLOBAL

Los actuales tiempos de globalización económica y cultural, facilitada por el cambio tecnológico y la ruptura de las barreras de la información, ha puesto de moda conceptos y nociones historiográficas que no son nuevas pero que van calando en la manera de enfocar los análisis del pasado y enseñar los contenidos de una Historia del Mundo Contemporáneo. Me refiero a la “Historia transnacional” y a la “Historia global”, que si bien no parten de una misma perspectiva, están generando progresivamente espacios institucionales y editoriales. El transnacionalismo hace referencia a los espacios creados por individuos que se mueven y facilitan los intercambios de ideas y el despliegue de fenómenos que traspasan las fronteras nacionales. De hecho, las miradas transnacionales parten de la constatación de la transformación de espacios sociales y culturales preexistentes, e invitan a la evaluación de las semejanzas y diferencias de experiencias entre los entornos nacionales. El transnacionalismo recoge el desafío comparativo y redefine los temas de estudio, pero sobre todo conecta los desarrollos sociales, políticos y culturales a nivel internacional. El foco de atención se transforma, ya no es el Estado nacional, sino las conexiones y la circulación generada por personas e instituciones que transforman los contextos. La Historia transnacional hace referencia a flujos de ideas, personas, productos y procesos que operan por encima o por debajo de sociedades y políticas, y abre, por tanto, las escalas nacionales a universos más abarcadores para los historiadores (Clavin 2005; Iriye y Saunier 2009).

El transnacionalismo reconsidera enfoques historiográficos, métodos de trabajo, la legitimidad de profesionales, y la identidad de la Historia del Mundo Contemporáneo y de la Historia nacional como disciplinas (De la Guardia y Pan Montojo 1998). No es casualidad que, al amparo de esta nueva tendencia, afloren temas de estudio o las dudas sobre cómo encajar métodos y geografías en una terminología aceptada por todos. Con la Historia transnacional, por ejemplo, cobran envergadura los estudios migratorios. Las migraciones, tanto espontáneas como de exiliados y refugiados, que atraviesan fronteras hacia nuevos mundos sociales, políticos, económicos y religiosos, han formado parte de la Historia universal y han tenido múltiples implicaciones. Las historias de las migraciones refieren a espacios geográficos y cronologías que generan desenchajes tanto para las visiones euro-

centristas de una Historia del Mundo Contemporáneo como para las perspectivas de las historias de los Estados nacionales. En cualquier caso, ofrecen una oportunidad para que tanto las sociedades occidentales como no occidentales entren en contacto y pongan en circulación ideas y personas (Gungwu 1997).

La perspectiva transnacional como método con fuerza en los estudios históricos implica al mismo tiempo hacer Historia de las relaciones internacionales, Historia mundial, Historia comparativa, y, como algunos ponderan, Historia global, porque significa cruzar contextos y valorar los resultados de conexiones entre personas e ideas. Si bien no existe acuerdo sobre cómo definir adecuadamente la tendencia de la disciplina que desputa desde finales del siglo XX, el término globalización pareció ofrecer soluciones a los contenidos de una Historia mundial para las sociedades contemporáneas. Una Historia global encuentra temas con significados generalizables que refieren a los factores de la globalización, a cómo las nuevas tecnologías han alterado y expandido el sentido del espacio, el consumo, las corporaciones, las identidades y la cultura (Robertson 2005). Desde hace menos de una década, el *Journal of Global History* (publicación de la *London School of Economic and Political Science*) procura consolidarse como el espacio académico y foro interdisciplinario para explicar el cambio global a lo largo del tiempo y las diversas historias de la globalización superando la fragmentación temática de las historiografías. Como en décadas anteriores, se invita a ensamblar el pasado de heterogéneas geografías en una Historia general. Ahora bien, la Historia global no deja de ser un concepto contradictorio. Por un lado, es la máxima expresión del domino occidental en la Historia Contemporánea. Por otro, plantea la posibilidad de atender a los siglos XIX y XX a partir de la diversidad o de cómo los fenómenos universales han absorbido los contextos locales. La globalización ofrecería, por tanto, modos de entender el pasado contemporáneo no solo como una progresiva homogeneización de las sociedades con conexiones de diverso tipo, sino también en términos de una heterogeneidad que adquiere diferentes formas en tiempos desiguales (Dirlik 2003).

Con todo, ¿cómo adaptar el cambio de percepción en la Historia del Mundo Contemporáneo? Puede que haya varias maneras. Entre ellas, primero, creando habilidades para hacer nuevas (o viejas) preguntas a escalas diferentes. Segundo, investigando temas poco transitados que alivianen el peso de una Historia mundial entendida como el desarrollo de la civilización europea y occidental. Tercero, centrándose en épocas concretas para cubrir sincronías y diferencias entre espacios geográficos y/o culturales cercanos, considerando incluso que a veces las visiones convergentes contienen falsedades e ilusiones. De todas formas, y a pesar de la incorporación de las novedades historiográficas a la disciplina, en las reflexiones sobre la Historia del Mundo Contemporáneo no podrán evadirse evidencias tales como, por ejemplo, que la geografía favoreció a Europa y otras zonas de occidente, o que la cultura y el poder de esas regiones del planeta crecieron sin parar a lo largo de los siglos XIX y XX.

AMÉRICA, AMÉRICA LATINA Y LA HISTORIA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

¿Es posible, entonces, una Historia del Mundo Contemporáneo que excluya el marco espacial moldeado por Europa u Occidente? (Ferro 1997; Hodgson 2003, 97-243). Aún en el empeño de incorporar referencias a otras regiones del mundo para aprehender las actuales sociedades contemporáneas, es difícil prescindir en los contenidos las menciones a Europa, los Estados Unidos y América Latina, siempre y cuando se conciba a ésta última como una región, compleja, desigual, y a su vez, unitaria, en el “extremo de Occidente” o el “otro occidente” (Rouquié 1989; Carmagnani 2004). Después de todo, sería razonable que la Universidad española ofrezca a los estudiantes en Humanidades y Ciencias Sociales las herramientas para hacer un esfuerzo crítico de las realidades más inmediatas para más tarde reflexionar sobre lo culturalmente más distante. Sin embargo, existen otras cuestiones de peso que explicarían el porqué de una Historia del Mundo Contemporáneo en relación con occidente y con alusiones a la influencia europea más allá de sus fronteras. De hecho, los procesos fundacionales y cardinales de la contemporaneidad proceden de Europa. Europa hizo extensivas sus transformaciones a otros continentes y dotó de universalidad a su historia. Fue escenario de los grandes cambios de los siglos XIX y XX en el plano político (formación y desarrollo de Estados nacionales), económico (capitalismo y desarrollo industrial), social (nuevos sectores sociales) e ideológico (liberalismo, democracia, fascismo, comunismo).

De todas formas, las cosas se entienden mejor si se asume que las transformaciones contemporáneas europeas formaron parte de una Historia trasatlántica. Esta dimensión más amplia de análisis ayuda a comprender, por ejemplo, la importancia crucial que tuvo el surgimiento de los Estados Unidos como nuevo Estado nacional tanto para la Historia Contemporánea de Europa como de América Latina. Por un lado, los Estados Unidos propagaron unos principios políticos y de organización estatal únicos moldeados tras su independencia del imperio británico. Por otro, el impacto económico que se derivó de ello fue trascendental para entrar a la Historia del siglo XX. Desde la emancipación de los Estados Unidos, la universalidad de la Historia Contemporánea europea compartió el protagonismo con un ámbito geográfico más amplio. Los procesos históricos tienen, desde entonces, una dimensión occidental que recuerdan que en cualquier Historia del Mundo Contemporáneo no debieran faltar los acontecimientos fundamentales ocurridos a ambos lados del Atlántico en los siglos XIX y XX.

Los enfoques sensatos de una Historia del Mundo Contemporáneo refieren, por tanto, a cómo occidente contribuyó a moldear contextos en aras del progreso de la humanidad con efectos -a veces violentos- sobre otras sociedades debido a su superioridad cultural o económica. En cualquier caso, siempre será parcial el empeño de presentar la evolución de las sociedades latinoamericanas en términos singulares o de un proceso incompleto en relación con los patrones desarrollados en diferentes escenarios occidentales. Por ejemplo, ¿Cómo no hacer referencia a unas continuidades trasatlánticas cuando en el presente hay registros de cotidianidad, de un pasado, una lengua, de recuerdos e historias de familias entre sociedades de Estados nacionales diferenciados? En ese sentido, Felipe Fernández Armesto (2002,

502-550) ha sugerido interpretar a muchas comunidades extendidas entre los márgenes del Atlántico como “partes de una civilización compuesta por dos orillas que se miraban una a la otra”. O sea, de una Europa occidental y de gran parte de América que proyectan entre sí personas, formas de vida, de pensamiento y sensaciones de pertenencia que atraviesan el océano. Después de todo fue el “salto atlántico” lo que permitió el “ascenso de occidente” o “el milagro europeo” lo que produjo que las sociedades de Europa y de América (el Nuevo Mundo) tuviesen un lugar predominante en la Historia del mundo moderno y contemporáneo. Con todo, ¿por qué hay que concebir al Nuevo Mundo como una ampliación y reflejo de Europa? Fundamentalmente, por unas cuantas razones que tienden a olvidarse: por la abolición de la trata de la esclavitud, la aculturación de los esclavos negros y los habitantes autóctonos americanos en sociedades dominadas por valores blancos, la transformación decisiva de la demografía americana debido a la llegada de enormes contingentes de pobladores blancos en los siglos XIX y XX, y especialmente porque las geografías podían atravesarse y aprovecharse con tecnologías controladas por los europeos. O sea, por todos los cambios que incorporaron a las comunidades del Atlántico como partes de la universalidad del mundo occidental.

El trasiego del Atlántico pervivió a pesar de las independencias de posesiones imperiales y creó nuevos vínculos que renovaron valores compartidos y unieron fragmentos entre nuevos Estados. Los lazos económicos, el intercambio intelectual y el tráfico migratorio aumentaron más que nunca tras las emancipaciones. También, las ideas resultaron notablemente poderosas. La democracia, como forma política clave para la organización institucional de las repúblicas americanas, se aprendió al otro lado del Atlántico y restableció la conexión entre Europa y América. Las ideas sobre cómo hacer política en los nuevos Estados nacionales americanos interfirieron en las propias visiones del viejo mundo. Ambos mundos, el viejo y el nuevo, compartieron valores añadidos a la democracia liberal, como el romanticismo, el constitucionalismo, la división de poderes, los derechos individuales, prácticas y pensamientos cívicos, el espíritu asociativo, e incluso, las utopías.

Durante todo el siglo XIX América influyó en Europa devolviéndole como un espejo ideas procedentes de allí. No obstante, los empeños que entonces diseñaban nuevos marcos institucionales y amoldaban las ideas para las repúblicas de ciudadanos no acababan de calar en las elites europeas. Recién desde finales del siglo XIX, la influencia cultural americana comenzó a tener consecuencias innovadoras, transformadoras y duraderas en el escenario político europeo. En 1888 apareció, por ejemplo, una primera guía de la república estadounidense realizada por el historiador y profesor de Jurisprudencia en Oxford, James Bryce. En ella expuso tanto las virtudes y limitaciones de las democracias americanas –del norte y del sur- como las posibilidades de pensarlas como referentes para las reformas políticas en Europa a comienzos del siglo XX. En el plano cultural, también los gustos musicales y cinéfilos norteamericanos conquistaron a Europa a partir de la Primera Guerra Mundial. E incluso, los inventos tecnológicos, ideados en Estados Unidos por personas de origen europeo, transformaron el mundo. Es el caso del telégrafo, el teléfono, la multicopista o la grabadora de sonido. Finalmente, América en su conjunto ejercía atracción sobre los europeos a la hora de emigrar, exiliarse y proyectar.

Las ideas compartidas entre Europa y América dependían, por tanto, de dos evoluciones que se venían produciendo desde antes: por un lado, las nuevas tecnologías, salvadoras de las distancias oceánicas; por otro, los vectores del cambio cultural efectivo: la gente y el dinero. Ya en 1840 la propulsión del vapor había liberado a la navegación de la tiranía de los vientos, en 1870 las líneas telegráficas cruzaban el Atlántico y en 1901 surgió la comunicación sin cables. Los transportes marítimos facilitaron el desarrollo de los escenarios occidentales. Los buques llevaban personas, dinero, proyectos e ideas. El inmenso flujo de población europea a tierras americanas coincidió con el de las inversiones. Los fondos europeos fueron vitales para la construcción de los ferrocarriles americanos que hacia finales del siglo XIX extendieron las fronteras y aumentaron el alcance de un entramado trasatlántico. Por fin, acontecimientos históricos vendrían a confirmar el peso de occidente en la Historia del Mundo Contemporáneo. En primer lugar, la Gran Guerra que marcó el inicio de la intrusión de los Estados Unidos en los conflictos del viejo continente y sus áreas de injerencia (y que se renovarían en 1944). En segundo lugar, la crisis de 1929, de origen norteamericano y cuyas consecuencias sacudieron a Europa y al resto del mundo. En tercer lugar, la Guerra Fría reforzó los lazos trasatlánticos a partir de la visión compartida entre los occidentales de que tenían a los comunistas como enemigos. Con todo, el magnetismo que ejercieron los valores y desarrollos occidentales entre diferentes zonas del mundo a lo largo de los siglos XIX y XX no estuvo exento del rechazo a los nacionalismos que explotaron las versiones victimistas.

La actual Universidad española, abierta al EEES y a los espacios americanos, y destinada a convertirse en la institución de excelencia para la promoción social de una amplia población –alguna, de origen inmigrante–, tiene una oportunidad única para incorporar paulatinamente conocimientos históricos de otras áreas geográficas sin desatender a un enfoque occidental de la Historia del Mundo Contemporáneo en los estudios obligatorios para futuros profesionales en Ciencias Sociales y Humanidades. Es el marco idóneo para incorporar temas de la Historia Contemporánea de América Latina sin renunciar a la identidad y especialización de sus contenidos en los ciclos superiores de formación universitaria. Además, la Historia Contemporánea de España escrita en los últimos veinte años ha facilitado las cosas. Las miradas de la historiografía han mitigado la idea de que la Historia española era excepcional dentro del contexto europeo (como ejemplos, entre otros, Casmirri y Suárez Cortina 1998; Suárez Cortina 2000; Townson 2010). Esta renovación ha desplegado asimismo las posibilidades de convergencia de la Historia Contemporánea latinoamericana en procesos más amplios que tuvieron su origen en la nación europea con registros culturales y experiencias pasadas compartidos (como ejemplos, entre otros, Dardé y Malamud, 2004; García Sebastiani y Del Rey Reguillo 2008; Suárez Cortina y Pérez Vejo 2010). Después de todo, esta reorientación de la Historia de España en una perspectiva contextual europea y americana facilita los razonamientos a partir de una realidad: que España posee una doble identidad, europea e iberoamericana, que es parte de su pasado y de su presente (Malamud 2006).

Por fin, ¿Qué lugar otorgar a América Latina en los contenidos y narraciones de una Historia del Mundo Contemporáneo? Es una pregunta si no importante, al

menos pertinente, aun cuando se admita –a veces, con precipitación– que las diferencias culturales y nacionales se disuelven en una suerte de convergencia transnacional. Por diversas razones, a América Latina se la dejó tradicionalmente en un lugar secundario de la Historia Universal y de los estudios de Historia programados para los estudiantes de Humanidades y Ciencias Sociales. Eso se refleja en los manuales o temarios de Historia del Mundo Contemporáneo o, incluso, en la falta de troncalidad de la Historia Contemporánea de América Latina como disciplina en los grados formativos. Todo esto favorece al deslumbramiento de temas atentos a cantos de sirena. Y, sobre todo, provoca poco interés o curiosidad por las grandes preguntas, como por ejemplo la naturaleza de los regímenes políticos o de las sociedades –aún en la historia reciente–, entre aquellos profesionales no especialmente interesados en el pasado latinoamericano. Como resultado, no acaban de superarse los lugares comunes de un pasado latinoamericano víctima del triunfalismo de los Estados Unidos o de Europa. Y esto merece alguna reflexión.

Las historias europeas y americanas parecen inmunes a ser integradas. Y, cuando se intenta, los resultados no son del gusto de toda la comunidad científica. A la hora de integrar las historias nacionales de América Latina en la Historia Mundo Contemporáneo deberían considerarse dos cosas. Por un lado, los conocimientos y debates producidos en la región. Por otro, las contribuciones que los latinoamericanistas han hecho a la Historia Universal. Creo, como Jeremy Adelman (2004), que los historiadores latinoamericanistas pueden ofrecer una contribución decisiva cuando se trata de hacer Historia del Mundo Contemporáneo. Porque pueden localizar e integrar las variedades nacionales de la Historia latinoamericana en unidades conceptuales o de contenidos más amplios. Esto supone un reto enorme: el de superar el peso que tiene la historiografía latinoamericana desde el siglo XIX: el de las historias nacionales escritas para mostrar las excepcionalidades y los rasgos distintivos de la gente de determinados territorios.

Propio de la naturaleza profesional de los historiadores latinoamericanistas ha sido la tendencia a generalizar las historias nacionales particulares. El hábito de reducir la especificidad del pasado latinoamericano siempre ha generado tensiones con los maniatados enfoques euro-centristas. De hecho, es difícil no reconocer que en el mundo existen diferencias culturales y que la Historia ha demostrado la habilidad europea para poner sus recursos comerciales, culturales y militares al servicio de un centro universal. En realidad, la perspectiva euro centrista, u occidental, de una Historia universal tuvo tempranos adeptos en América Latina. Entre ellos, paradójicamente, quienes escribieron las Historias nacionales de los nuevos países americanos en el siglo XIX. En efecto, las Historias escritas por el argentino Bartolomé Mitre, el colombiano Manuel Restrepo y el mexicano Lucas Alamán tendían a mostrar y exaltar el nacionalismo épico como variaciones del impulso civilizador europeo frente a la “barbarie”. Acaso, ¿eran incompatibles esas historias nacionales con la universal? Sin dejar el siglo XIX, y desde una postura europea, ¿no fue Latinoamérica un referente para las utopías de pensadores y emigrantes europeos? En todo caso, si algo tiene de excepcional la Historia de América Latina es la mixtura, la hibridación, los resultados de pequeños y gigantes proyectos universales, y de visiones de futuro construidas en torno a ella. Por qué,

entonces, ¿no hacer converger el pasado contemporáneo de la región con el del resto del mundo?

A lo largo del siglo XX ha habido intentos poco exitosos de la historiografía por poner a América Latina dentro de los contenidos y narraciones de la Historia universal. Por ejemplo, toda la historiografía antiliberal de los años de entreguerras concibió a América Latina como la periferia permeable a la “difusión civilizadora” y las ambiciones materiales de Europa. Como respuesta, toda una literatura reticente a esa idea se encontró años más tarde en la conocida “teoría de la dependencia”. América Latina ya no era parte de la binaria clasificación de civilización o barbarie, sino de la tradición y modernidad (Iani 1975; Cardoso y Faletto 1979). En esa lectura de una Historia universal, la Historia de América Latina ocupaba el lado oscuro y un lugar reactivo en un pasado hecho por Europa y los Estados Unidos.

Con el cambio del siglo XX al XXI, con especial fuerza en los ámbitos anglosajones, se potencian los acercamientos hacia a América Latina como una región cuyas partes están moldeadas por fuerzas externas sin estar determinadas de forma unilateral por ellas, y a su Historia como parte de un pasado compartido más amplio (como ejemplos, Whitehead 2006; López Álves and Johnson 2007). En realidad, es una invitación de poner a América Latina como parte de un contraste global y en escalas de análisis abiertas a los intercambios, vínculos y movimientos de ideas y personas entre América, África y Europa en los tiempos modernos y contemporáneos más que una recuperación de propuestas que, al calor de la Guerra Fría, justificaron a mediados del siglo XX la necesidad de contrarrestar la amenaza comunista soviética (Palmer 1959-1964). La *Atlantic History* como propuesta historiográfica para concebir la Historia latinoamericana dentro de un marco global ha generado en el mundo anglosajón trabajos fragmentarios tanto en temas, focos y cronologías (como ejemplos, Cañizares-Esguerra and Seeman 2007; Bailyn 2005; Morelli y Gómez 2006). Muchos de esos trabajos han vuelto a poner de moda –como original- el análisis que ya a mediados del siglo XX Pierre Chaunu (1956-1959) había desplegado para el mundo atlántico trasladando los razonamientos de Braudel sobre las conexiones del mundo mediterráneo (Cañizares-Esguerra 2005; Benton 2004). La curiosidad avivada por tales enfoques renovó historiografías iberoamericanas en los estudios sobre el periodo postcolonial, las independencias y los complejos procesos de formación y desarrollo de los nuevos Estados nacionales, cuyos resultados vamos conociendo paulatinamente al tiempo que se acercan las escuelas historiográficas a ambos lados del Atlántico (como ejemplos, Aguilar Rivera 2000; Portillo Valdés 2006; Fernández Sebastián (2009).

En las universidades norteamericanas, por ejemplo, la inclusión de la Historia de América Latina en los programas formativos de una Historia del Mundo Contemporáneo para los estudiantes de Humanidades y Ciencias Sociales generó debates y envites sin restar la identidad científica del área de estudios. En ese ámbito académico las preocupaciones por cubrir la Historia latinoamericana como parte de la Historia del Mundo en las enseñanzas en Humanidades y Ciencias Sociales estuvieron relacionadas fundamentalmente con tres cosas. Primero, con el aumento de los estudiantes universitarios de origen hispano con curiosidad sobre sus herencias. Segundo, con la necesidad de conocimiento por parte de los propios ciudadanos norteamericanos con ambiciones de compartir y hacer negocios de la

cultura de las poblaciones minoritarias con quienes vivían y trabajaban. Tercero, con la apuesta del Estado en invertir dinero público en las investigaciones sobre el área; lo que se tradujo en la renovación de campos de estudios y tendencias historiográficas desde los años '80 del siglo XX en adelante (Moya, 2011, vii-xiv). Estas cuestiones son útiles para tener en cuenta a la hora de diseñar el lugar de la Historia de América Latina en los programas de Historia Mundo Contemporáneo para los estudiantes de las Universidades españolas, con un pasado (y un presente) vinculado a América, y con la mayor parte de sus inmigrantes y descendientes de origen latinoamericano.

Desde luego, éstas son razones importantes pero no suficientes para incorporar la región en los cursos de Historia del Mundo Contemporáneo. El desafío está, en todo caso, en repensar los grandes temas de la Historia Contemporánea de América Latina (la independencia, los Estados, la democracia, el nacionalismo, el desarrollo económico, y los cambios y movimientos sociales) no como un mero apéndice de la Historia europea o de los Estados Unidos, o como propios de una región que ha sido víctima de una "explotación sistemática por los otros". Ambas visiones pueden estar mezcladas de ignorancia y romanticismo, y además producir efectos no deseados en la Universidad española, abierta a temas y estudiantes de América Latina. Especialmente, porque, si bien la expansión de Europa hacia otros contextos fue disruptiva y –en ocasiones violenta– no fue simplemente una imposición desde afuera y siempre implicó complejas negociaciones entre las elites y las poblaciones locales. Unas y otras debieron reformular sus posiciones y acuerdos con los actores y la cultura europea. Eso es saber cómo se produjo la "occidentalización" de América Latina y ayuda a pensar en los tipos de convergencia o desajustes entre las áreas americanas –del norte y el sur–, europeas, y entre éstas y los demás continentes. América Latina es parte de occidente, pero su "occidentalización", lejos de concebirse como resultados de relaciones diplomáticas, se expresa a nivel de la lengua, la religión, las ideas y formas políticas, la cultura material, las migraciones y sus contribuciones a la modernidad. Si nos colocamos en esa percepción de las cosas será más fácil entender desde el presente el pasado latinoamericano que, como el de otros escenarios, siempre es complejo (Cibotti 2003, 13-16).

La prolífica Historia política sobre América Latina escrita en las últimas décadas es un buen camino para, por ejemplo, colocar a la democracia o el republicanismo de la región en una perspectiva más amplia de la Historia del Mundo Contemporáneo (Posada Carbó 1996; Malamud 2000; Sábato 1999). Los razonamientos en esa línea se desentienden de los encajes de una Historia de América Latina en una llamada Historia del Tercer Mundo. Sobre todo porque esta última tiende a concebirse en respuesta a discursos y actos europeos o norteamericanos interpretados como de agresión imperialista, raciales, o propios de una explotación económica neocolonial. Esta perspectiva se desplegó con fuerza en las décadas del 60 y del 70 del siglo XX para ponderar la posición internacional de América Latina. Conforme a esa lectura, por ejemplo, los movimientos revolucionarios latinoamericanos del siglo XX - exultantes de nacionalismo- que se extendieron por México, Bolivia, Cuba, Chile, Granada, Nicaragua y El Salvador eran reflejo de crisis globales en la organización del poder, la producción y la cultura. Y, de hecho, proliferaron los paralelismos con los movimientos revolucionarios anticoloniales de Asia y África de aquellos tiempos.

Autores como C. Cardoso o E. Faletto, antes citados, desplegaron todo un vocabulario sobre la dependencia económica, el colonialismo cultural, la pedagogía de la opresión y la teología de la liberación que contagiaron contenidos de historias contemporáneas de América Latina. En la actualidad, esas versiones parecen desfasadas y en todo caso repican como ideas trasnochadas.

CONCLUSIONES

La adaptación al EEES reorientó los contenidos formativos para los estudiantes en Humanidades y Ciencias Sociales en las Universidades españolas. Como resultado, la Historia Contemporánea de América Latina quedó diluida en otras disciplinas más abarcadoras de geografías (como el Mundo Contemporáneo), contextos temporales (como la Historia Actual) y recorridos transversales de diverso tipo para un área de estudios con tradición y fortaleza en los estudios superiores. Cómo encajar la historia americana en perspectivas más amplias de una historia universal y global preocupó a historiadores a lo largo del siglo XX. Por tanto, no es un debate nuevo y la bibliografía que orientó estas reflexiones descubre los ensayos emprendidos, las dudas y limitaciones. En todos, el desafío no fue solo incorporar las diversas y consolidadas historias nacionales de la región en las narraciones del pasado universal, sino en concebir o no a América Latina como una parte de occidente y vincular su desarrollo histórico con los valores, las ideas, la economía, y las formas políticas y sociales occidentales. La historiografía de la segunda mitad del siglo XX permitió mejores encajes de la historia americana con la europea y del mundo porque despuntaron nuevos métodos de abordaje al pasado y apuestas por estudios comparativos y de las civilizaciones.

En las últimas décadas el debate se avivó, especialmente en el mundo académico anglosajón, a partir de las propuestas hechas desde la Historia Transnacional, la Historia Global y la Historia Atlántica. Todas recogen el desafío comparativo, colocan las historias nacionales en contextos más amplios, y registran cómo el trasiego atlántico contribuyó a moldear las sociedades occidentales. La renovación de la historiografía española de los últimos veinte años también incorporó geografías y culturas cercanas para estudios comparativos y de contraste. Sus resultados facilitan enfoques y contenidos de la historia de España y de América Latina en programas troncales de la Historia del Mundo Contemporáneo. Y, sobre todo, enseñanzas y diálogos académicos en un mismo idioma. En ese sentido, el EEES es para la Universidad española una oportunidad única para hacer converger la Historia de América Latina con la Historia europea, con la Historia de occidente, con la Historia del mundo. Esto último no significa coincidencia, si no y a veces, divergencias y antagonismos. Hay mucho camino hecho, pero otros están pendientes de recorrer. Faltan todavía, por ejemplo, perspectivas globales sobre la democracia, la historia política, las instituciones, la historia social y económica en los estudios de la Historia Contemporánea y más reciente de América Latina. Está pendiente construir evidencias empíricas y narrativas para conocer el pasado de la región e incorporarlo a un contexto mundial y comparativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Acton, lord (dir.); W. Ward, G. W. Prothero y S. Leathes (eds.). 1902-1914. *The Cambridge Modern History*. Cambridge: Cambridge University Press, 14 vols.
- Acton, lord (dir.). 1957-1979. *New Cambridge Modern History, 1450-1945*. Cambridge: Cambridge University Press, 14 vols.
- Adelman, Jeremy. 2004. "Latin American and World Histories: Old and New Approaches to the Pluribus and the Unum". *Hispanic American Historical Review* 84 (3): 399-409.
- Aguilar Rivera, José Antonio. 2000. *En pos de la quimera: Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México: FCE.
- Aguilar, José Antonio y Rafael Rojas (coords.). 2002. *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid: FCE.
- Álvarez, Sonia, Arturo Arias y Charles Hale. 2011. "Revisióning Latin America Studies in the United States". *Journal of Iberian and Latin American Research* 17 (2): 131-145.
- Amin, Samir. 1975. *El desarrollo desigual: Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona: Fontanella.
- Bailyn, Bernard. 2005. *Atlantic History: Concepts and Contours*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bendix, Reinhard. 1979. *Max Weber*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bentley, Jerry. 1996. *Shapes of World History in Twentieth-Century Scholarship: Essays on Global and Comparative History*. Washington: AHE.
- Benton, Lauren. 2004. "No longer Odd Region Out: Repositioning Latin America in World History". *Hispanic American Historical Review* 84 (3): 423-430.
- Burke, Peter. 1994. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*. Barcelona: Gedisa.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. 2005. *Cómo escribir la Historia del Nuevo Mundo: Historias, espistemologías e identidades en el siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons.
- Cañizares-Esguerra, Jorge and Erick Seeman (eds.). 2007. *The Atlantic in Global History, 1500-2000*. New Jersey: Pearson Prentice Hall.
- Cardoso, Ciro y Enzo Faletto. 1979. *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI.
- Carmagnani, Marcello. 2004. *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: FCE.
- Casimirri, Silvana y Manuel Suárez Cortina (eds.). 1998. *La Europa del Sur en la época liberal: España, Italia y Portugal*. Santander: Univ. De Cantabria.

- Chaunu, Pierre. 1956-1959. *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*. París: SEVPEN, 2 partes.
- Chesneaux, Jean. 1981. La nostalgia del discurso sobre la historia universal. En *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, 105-119. Madrid: Siglo XXI.
- Cibotti, Ema. 2003. *Introducción a la enseñanza de la historia latinoamericana*. Buenos Aires: FCE.
- Clavin, Patricia. 2005. "Defining 'Transnationalism', Transnational Communities in European History". *Contemporary European History 1920-1970* 14 (4): 421-439.
- Dardé, Carlos y Malamud, Carlos (edts.). 2004. *Violencia y legitimidad. Política y revoluciones en España y América Latina, 1840-1910*. Santander: Universidad de Cantabria.
- De la Guadia Carmen y Pan Montojo, Juan. 1998. "Reflexiones sobre una historia transnacional". *Stvdia Historica. Historia Contemporánea* (16): 9-31.
- Dirlik, Arif. 2003. "Confounding Metaphors, Inventions of the World: What is World History for?". En *Writing World History, 1800-2000*, editado por Benedikt Stuchtey and Eckhardt. 92-133. London: German Historical Institute London-Oxford University Press.
- Dunn, Ross (ed.). 2000. *The New World History: A Teacher's Companion*. Boston: Bedford.
- Elliott, John. 1999. "La historia comparativa". *Relaciones XX* (77): 229-247. (Versión en castellano de *Comparative History*. En Carlos Barros (ed.). 1993. *Historia a debate*. Santiago de Compostela)
- . 1991. National and Comparative History. An Inaugural Lecture Delivered before the University of Oxford.
- Fernández Armesto, Felipe. 2002. *Civilizaciones. La lucha del hombre por la naturaleza*. Madrid: Taurus.
- Fernández Sebastián, Javier (dir.). 2009. *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* (Iberconceptos-I). Madrid: Fundación Carolina, SECC, CEPC.
- Ferro, Marc. 1997. *Colonization: A Global History*. London: Routledge.
- Fuchs, Eckhardt and Benedikt Stuchtey (eds.). 2002. *Across Cultural Borders: Historiography in Global Perspective*. Lanham: Plymbridge Distributors Ltd.
- García Sebastiani, Marcela y Fernando del Rey Reguillo (eds.). 2008. *Transformación y crisis del liberalismo: Europa y América Latina (1890-1930)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Giddens, Anthony. 1985 [1971]. *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona: Labor.
- Gunder Frank, André. 1979 [1978]. *La acumulación mundial, 1492-1789*. Madrid: Siglo XXI.

- Gungwu, Wang (ed.). 1997. *Global History and Migrations*. Boulder, Colo: Westview Press.
- Hobsbawm, Eric. 1977 [1968]. *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750 a la actualidad*. Barcelona: Ariel.
- 1991 [1962]. *La era de la Revolución (1789-1848)*. Barcelona: Labor.
- Hodgson, Marshall G. S. 1993. *Rethinking World History: Essays on Europe, Islam and World History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iani, Octavio. 1975. *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Era.
- Iriye, Akira y Pierre-Yves Saunier (eds.). 2009. *The Palgrave Dictionary of Transnational History*. New York: Palgrave Macmillan.
- López Álves, Fernando and Diane Johnson (eds.). 2007. *Globalization and Uncertainty in Latin América*, London: Palgrave-MacMillan.
- Malamud, Carlos (coord.). 2000. *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: reformas electorales (1880-1930)*. México: FCE.
- Malamud, Carlos. 2006. "España, América Latina y Europa". *Revista de Occidente* (296): 70-78.
- Mc Neill, William. 1963. *The Rise of the West: A History of the Human Community*. Chicago: University of Chicago Press.
- Morelli, Federica y Alejandro Gómez. 2006. "La nueva historia atlántica: un asunto de escalas". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (6).
<http://nuevomundo.revues.org/document2102.html>
- Moya, José C. (ed.). 2011. *The Oxford Handbook of Latin American History*. Oxford: Oxford University Press.
- Palmer R. R. 1959-1964. *The Age of Democratic Revolution*. Princeton: Princeton University Press, 2 vols.
- Pomper, Philip, Richard Elphick y Richard Vann (eds.). 1998. *World History: Ideologies, Structures, and Identities*. Malden, Mass: Blackwell Publishers.
- Portillo Valdés, José María. 2006. *Crisis atlántica: autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid: Marcial Pons.
- Posada-Carbó, Eduardo (ed.). 1996. *Elections before Democracy: The History of Elections in Europe and Latin America*. London: University of London.
- Robertson, Robbie. 2005. *Tres olas de globalización. Historia de una conciencia global*. Madrid: Alianza Ensayo.
- Rouquié, Alain. 1989. *América Latina. Introducción al extremo occidente*. México: Siglo XXI.

Sábato, Hilda (coord.). 1999. *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México: FCE.

Spengler, Oswald. 1925-27. *La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*. Madrid: Espasa Calpe.

Stuchtey, Benedikt and Fuchs, Eckhardt. 2003. "Problems of Writing World History: Western and Non Western Experiences, 1800-2000". En *Writing World History, 1800-2000*, editado por Benedikt Stuchtey and Eckhardt Fuchs, 1-43. London: German Historical Institute London-Oxford University Press.

Suárez Cortina, Manuel (ed.). 2000. *La crisis del Estado liberal en la Europa del Sur*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.

Suárez Cortina, Manuel y Tomás Pérez Vejo (eds.). 2010. *Los caminos de la ciudadanía: México y España en perspectiva comparada*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Townson, Nigel (dir.). 2010. *¿Es España diferente?: una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*. Madrid: Taurus.

Toynbee, Arnold. 1951-64. *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé, 15 vols.

Wallerstein, Immanuel. 1984 y 1989 [1971 y 1977]. *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI, 2 vols.

Whitehead, Laurence. 2006. *Latin American: A new Interpretation*. New York: Palgrave-Macmillan.

Wolf, Eric. 1994 [1982]. *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.